



No tengo absolutamente un trabajo disponible, pero durante el día de mañana me alcanza, y se lo pagaré. Vuelvo 2 en vista:

1. Excavación arqueológica al gran Chismá.

2. Monumentos pétreos de México con la sujeción de los Estados Unidos.

Amos vástagos.

El resumen de Vellard puede hacerlo V. mismo.

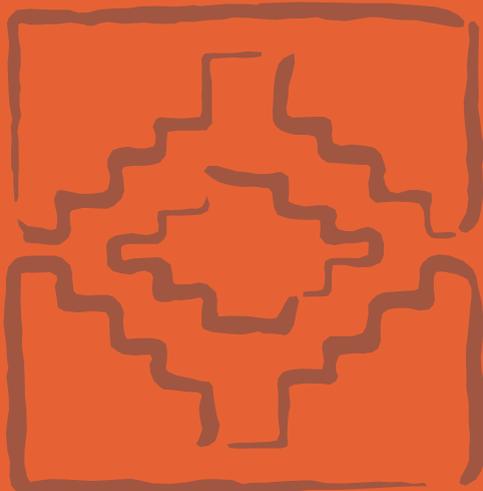
Le avisé sobre las adiciones? Hágame completo el resumen?

Le felicitó y felicitó por el asunto de la Revista. Que que ya no le acuda ningún peligro.

Como andará su apuro al Lucario? Saludos, también de mi mujer

Se Agüero

J. Mellor



Arqueología

Historia

Antropología Social

Directora-propietaria

Dra. María Teresa Boschín
Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET)

Comité Editorial

Lic. Gloria I. Arrigoni
Museo Regional Rada Tilly (Chubut)
Dra. Mabel M. Fernández
CIAFIC (CONICET), UNLPam y UNLu
Dra. Claudia Salomón Tarquini
IESH (UNLPam), CONICET
Dra. Alicia Villafañe
*Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Nacional del Centro de la
Provincia de Buenos Aires*

Secretaría de Redacción

Analía Andrade
Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET)
José A. Cordero
Université de Rennes 1, Francia
Romina Llanos
Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET)

Consultores Externos

Pablo Arias
Universidad de Cantabria, España
Joan Antón Barceló
*Universidad Autónoma de Barcelona,
España*
Luis Felipe Bate
*Escuela Nacional de Antropología e
Historia, México*
María Soledad Corchón Rodríguez
Universidad de Salamanca, España
Ferdinando Fava
Università de Padova, Italia
Víctor Gayol
El Colegio de Michoacán, México
Ramiro Javier March
Université de Rennes 1, Francia

Stuart B. Schwartz
Yale University, Estados Unidos
Oleg Stanek
*UQAR, Université de Québec à Rimouski,
Canadá*

Evaluadores

Dra. Catalina Buliubasich
*Escuela de Antropología, Facultad de
Humanidades, Universidad Nacional de
Salta*
Prof. Graciela Dragoski
*Centro Cultural Francisco Paco Urondo,
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires*
Mg. Maria de los Ángeles Lanzillotta
*Instituto de Estudios Socio Históricas,
Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de La Pampa*
Dra. Gabriela Massafiero
Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET)
Dra. Manuela Pérez Rodríguez
Universidad Autónoma de Barcelona
Dr. Juan Carlos Radovich
*Instituto Nacional de Antropología y
Pensamiento Latinoamericano,
CONICET*
Dr. José Ramos Muñoz
Universidad de Cádiz
Lic. Héctor Eduardo Rodríguez,
*Facultad de Humanidades, Universidad
Nacional de Salta*
Dra. Vivian Scheinsohn
*Instituto Nacional de Antropología y
Pensamiento Latinoamericano,
CONICET*
Dr. Julio Esteban Vezub
Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET)
Prof. Marcelo Víttores
*Centro de Investigaciones en
Antropología Filosófica y Cultural
(CIAFIC-CONICET)*

Atek Na está incluida en los siguientes catálogos y bibliotecas on line:

Latindex Directorio Folio 13524
Worldcat
Library of Kennesaw State University

Logo de Atek Na: motivo geométrico complejo policromo, Cueva Leleque I, Área Pilcaniyeu, Río Negro.

Tapa: Reproducción parcial de la carta enviada por José Imbelloni a Radamés Altieri el 26 de mayo de 1941. Foto: Juan Pablo Nuñez Regueiro.

Diseño: Odlanyer Hernández de Lara

Volumen 3 | ISSN: 1668-1479
Registro Propiedad Intelectual:
Nº 5142984
Periodicidad: anual

Esta publicación ha contado con el apoyo financiero del PICT-ANPCyT 0776/2011 y del PIP-CONICET 1605/2009

Las opiniones expresadas en las notas, informaciones y artículos, son de exclusiva responsabilidad de sus respectivos autores. Reservados todos los derechos de reproducción total o parcial del contenido de esta revista. Se prohíbe la reproducción en cualquier formato o soporte de los trabajos sin autorización escrita otorgada por la directora.

Unidad de Investigación Arqueología y Antropología (CENPAT). Centro Nacional Patagónico-CONICET

Bvd. Brown 2915
U9120ACD- Puerto Madryn
Argentina.

Teléfonos (+54) 280 4451024 /
4451375 / 4451301. Int. 233

Fax (+54) 280 4451543

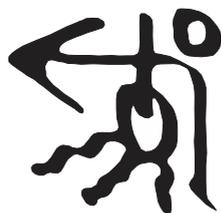
atekna@cenpat.edu.ar
www.atekna.com.ar

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL Dirección y Comité Editorial	7
ARQUEOLOGÍA	
GANCHOS DE HUESO EN EL SITIO CUEVA DEL NEGRO: EVIDENCIAS DE PROPULSORES EN LA COSTA NORTE DE SANTA CRUZ (PATAGONIA, ARGENTINA) J. Marcelo Beretta, Miguel A. Zubimendi, Alicia S. Castro y Pablo Ambrústolo	9
FORMALIZACIÓN Y DINÁMICA SOCIAL: LA SIMULACIÓN COMPUTACIONAL EN ARQUEOLOGÍA María Florencia del Castillo, Joan A. Barceló y Laura Mameli	35
PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE LA CUENCA DEL RÍO LIMAY. AGENTES Y PROCESOS QUE LO DESTRUYEN Mariano Ramos	75
ARTE ARQUEOLÓGICO. APROXIMACIÓN ESTÉTICA Ana María Rocchietti	111
HISTORIA	
SUJETOS Y ESPACIOS MARGINALES EN LA NARRATIVA DE ASENCIO ABEIJÓN (CHUBUT 1900-1930) Matías Rodrigo Chávez	147
EL “OPERATIVO MITRE”: DESARROLLISMO Y PUEBLOS INDÍGENAS EN LA PROVINCIA DE LA PAMPA DURANTE LA DICTADURA DE ONGANÍA Ignacio Roca y Anabela Abbona	167
LA RE-EDICIÓN DE LA OBRA DE FLORIÁN BAUCKE O PAUCKE S.J. LO QUE CUENTAN LOS DOCUMENTOS Marta Tartusi de Núñez Regueiro	207

IMPACTOS SOCIOAMBIENTALES DEL FRACKING. OPACIDAD, POLÍTICA AMBIENTAL Y EXPLOTACIÓN DE HIDROCARBUROS NO CONVENCIONALES Marcelo Sarlingo	237
COMENTARIO A: “IMPACTOS SOCIOAMBIENTALES DEL FRACKING. OPACIDAD, POLÍTICA AMBIENTAL Y EXPLOTACIÓN DE HIDROCARBUROS NO CONVENCIONALES” de Marcelo Sarlingo Lilian Bonnat	270
RÉPLICA DEL AUTOR AL COMENTARIO DE LA GEÓLOGA LILIAN BONNAT Marcelo Sarlingo	274
RESEÑAS	
PAVEL, CĂTĂLIN. 2010. <i>DESCRIBING AND INTERPRETING THE PAST - EUROPEAN AND AMERICAN APPROACHES TO THE WRITTEN RECORD OF THE EXCAVATION</i>. EDITORA UNIVERSITARIA DE BUCAREST. BUCAREST. 261 PP. Eduardo Crivelli Montero	277
NORMAS EDITORIALES	283

Matías Rodrigo Chávez*



**SUJETOS Y ESPACIOS
MARGINALES EN LA NARRATIVA
DE ASENCIO ABEIJÓN
(CHUBUT 1900-1930)**

* Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Trelew. matiaschavez22@gmail.com

Resumen

La narrativa de Abeijón nos permite reflexionar sobre los espacios marginales del interior patagónico a principios del siglo pasado, recuperando las tensiones y los conflictos en lugares como el corral o el boliche. A su vez, este relato nos brinda la posibilidad de interpelar las representaciones sobre sujetos estigmatizados como el “turco” o el “tumbiador” y su posición dentro de la estructura social de ese espacio periférico, como así también indagar sobre sus estrategias de subsistencia, generalmente opuestas al avance del control estatal y a los intereses del capital privado. Nuestro objetivo es avanzar en la comprensión de las prácticas subalternas en el interior patagónico analizando los espacios con escaso control y los modos de resistencia reflejados en la citada obra.

Palabras claves: memorialismo, subalternidad, historia de la Patagonia.

Abstract

Abeijon narrative allows us to reflect on the marginal spaces of the inland Patagonia at the beginning of the last century. It also allows us to regain insight into the strains and conflicts within places such as the “corral” or the “boliche”. At the same time, this narrative also gives us the possibility to interpellate ideas about stigmatized characters such as the “turco” or the “tumbiador” and their social position within that peripheral space, as well as the possibility to enquire about their subsistence strategies, which may have been in opposition with the advance of the state control and the interests of private capital stock. Our aim is to go forward on the comprehension of subordinated practices within Patagonian inland, and to analyze the spaces with little control and the modes of resistance, contained in the already mentioned work.

Key words: memorialism, subalternity, Patagonian history.

1. Los antecedentes sobre el memorialismo de Abeijón

Nuestro interés por la narrativa de Abeijón surgió en el marco de un proyecto de investigación que proponía la crítica y análisis contextual de los discursos que impactaron en las configuraciones históricas regionales, y en los fenómenos políticos y sociales de mediados del siglo XX en la Patagonia. El objetivo de dicho proyecto fue historiar las prácticas intelectuales y las narrativas regionales en la clave de una historiografía que tensionara los discursos hegemónicos de nación, e interrogara sobre los efectos de éstas sobre las subjetividades subalternas (Vezub y Williams 2007).

En ese marco de investigación colectivo, la lectura y análisis de la obra de Abeijón, forma parte de la revisión de otras narrativas regionales como las de Madsen (1977), Meisen (1984) y Ripa (1987), que permiten rastrear la configuración de imágenes estereotipadas sobre la estructura social subalterna.

Tomar como punto de partida los memorialismos puede servir para reconstruir aspectos fundamentales de la historicidad del interior patagónico. La obra de Asencio Abeijón es particularmente significativa debido a la serie de viajes que realizó como carrero en los primeros años del siglo XX, mientras vivía en Comodoro Rivadavia, experiencias que registró en sus crónicas.

Abeijón nació en Tandil en 1901, pero dos años después su familia se estableció en las afueras de Comodoro. Su vida fue intensa, lo que le permitió desarrollar distintos oficios (carrero, petrolero, maestro, periodista, contratista de esquila) con los que recorrió la región y se convirtió en una personalidad destacada dentro de los círculos sociales del sur de Chubut. Participó de la actividad pública como diputado provincial por la Unión Cívica Radical Intransigente y fue electo en 1958 y 1963. Su obra fue tempranamente apreciada, a partir de su publicación en la década de 1970, destacándose por el valor de las experiencias, la calidad narrativa y la originalidad de los relatos.

Su muerte en 1991 favoreció la relectura de su obra, aumentando su prestigio literario y la prensa regional lo consagró como "el escritor de la Patagonia". Desde entonces distintos trabajos

han analizado su narrativa, aunque centrándose mayormente en el aspecto literario y relegando la carga histórica de sus crónicas. La mayoría de las intervenciones han sido de carácter reivindicativo, configurándolo como una referencia literaria fundamental. Sin ánimo de refutar el valor indudable de la obra de Abeijón, pueden realizarse algunas observaciones críticas a sus memorias y tensionarlas con otras problemáticas de carácter social y político.

El discurso de Abeijón es el del “testigo” que da cuenta de una serie de anécdotas, paisajes y personajes que considera necesarios rescatar. Dicho relato presenta una serie de tópicos como el de los “pioneros”, los hechos históricos destacables o los comentarios sobre las personalidades de la época. Como han señalado diversos autores (Casini 2007; Peñaloza 2010; Salguero 2011), Abeijón no escribe sobre lugares en los que no estuvo, sino que lo hace desde el interior de los espacios a los que alude. Pero además de referirse a los tópicos clásicos, Abeijón describe los espacios y los sujetos marginales de las primeras décadas del siglo XX, que constituyen las temáticas y las figuras sobre las que nos interesa reflexionar. Se debe aclarar que pocas veces el autor da precisiones cronológicas, solo en ocasiones menciona años puntuales, la mayor parte de las veces prefiere referenciar temporalmente a partir de su propia experiencia (su infancia, su época de carrero o algún acontecimiento familiar).

Osvaldo Bayer en sus prólogos a las memorias de Abeijón (1973, 1994) reivindicó su sensibilidad y el carácter histórico de la obra, llegando a recomendar la lectura escolar del libro, por su valor literario y moral. De hecho, es Bayer quien cristaliza la figura de Abeijón como la del escritor de la Patagonia, algo así como un referente literario ineludible de la región. Gélvez y Jones (2007) abordaron la forma en que operó Bayer como legitimador de Abeijón a través de su posición centralista y hegemónica desde el suplemento cultural del diario Clarín, y como prologuista en el marco de una editorial prestigiosa como Galerna.

Silvia Casini (2007) y Fernanda Peñaloza (2010) se preocuparon por recuperar y analizar las memorias del autor y diferenciarlo de la literatura clásica de viaje. Ambas autoras comparten

la valoración de los textos por haber sido producidos desde "adentro" de la Patagonia, es decir desde el conocimiento profundo del espacio periférico, en lo que consideran un anclaje de Abeijón en lo cotidiano con fuertes referencias socio-históricas. Éstas últimas enmarcan el relato pero siguen relegadas por los aspectos estrictamente literarios de la obra. De hecho, Casini prefiere referirse a los textos de Abeijón como cuentos y no como crónicas o memorias

Casini realizó un análisis profundo de los motivos literarios presentes en el texto, donde el viaje, lo cotidiano y la naturaleza ocupan un lugar destacado. La autora contrapone las perspectivas de Abeijón con la de aquellos intelectuales del siglo XIX que considera centralistas y progresistas como Eduardo Gutiérrez o Domingo Faustino Sarmiento, destacando la mayor complejidad de la narrativa del autor quien comprende la cultura de la "tierra adentro" y muestra una mayor empatía con los sujetos de la región, confrontando los estereotipos decimonónicos. Lo cual es discutible, no solo por el carácter descentrado de la escritura de Sarmiento (siempre enuncia como sanjuanino), sino por el hecho de que le resta complejidad a su descripción de los tipos sociológicos que encarnaban la civilización y la barbarie. Si bien tanto Peñaloza como Casini sostienen que Abeijón se opone o representa una alternativa al discurso centralista porteño, no explicitan con qué imagen pretende reemplazar ese estereotipo.

Una lectura más cáustica es la que realiza Salguero (2011), quien se preocupa por rastrear el lugar que ocupan los peones rurales en la narrativa de Abeijón en clave de subalternidad. Su conclusión es que el peón es una figura ausente, que el autor lica o solapa, y que sus apariciones se producen por oposición y como sujeto pasivo. Salguero contrapone la literatura de Cristian Aliaga (1996, 2002) con la de Abeijón, considerando a la primera mucho más preocupada por la polifonía de voces de los sectores populares. Quizás pueda objetarse que Salguero rastrea a los sectores subalternos en términos estrictamente clasistas, si bien reflexiona sobre el tumbiador, tiende a reducir la subalternidad a la relación laboral dentro de la estancia. Lo que resulta objetable porque los peones podían ser temporalmente chulenguiadores,

nutrieros o zorreros. Pero otra dificultad más importante aún de esta comparación es su condición extemporánea, pues Aliaga es un autor de otra generación actualmente activo, cuya poética y ensayística se tensiona con preguntas, teorías y definiciones explícitamente políticas dentro de un campo intelectual regional que no es posible identificar en tiempos de Abeijón, cuando el que enunciaba sus memorias era un “carrero” y no un profesional de la escritura.

Es Williams (2008) quien profundiza el análisis y critica las imágenes y representaciones cristalizadas, proponiendo la identificación de la obra de Abeijón dentro del corpus de los memorialistas que estaban preocupados por dejar una impronta y fijar un sentido sobre el espacio de frontera. Los memorialismos son sistemas de representaciones reforzados entre sí, a partir del discurso de pioneros con la conciencia histórica de que viven acontecimientos fundamentales en proceso de desaparición. Los memorialistas generaron tipificaciones generales a partir de la reproducción de estereotipos individuales, como los que configuraron a los sujetos marginales de la región, a través de anécdotas, recuerdos y crónicas.

Podemos establecer un paralelismo entre Williams y lo que sostuvo Terán para otros espacios. Éste último reconoce gestos propios de “la escritura típica de memorialistas que experimentan la premura por fijar en la letra aquello cuya pronta extinción prevén” (Terán 2008:27). Como veremos, en Abeijón es permanente este tipo de escritura evanescente, que busca dar cuenta de los resabios, lo extinto, lo que ya dejó de ser. Es entonces en esta última línea de análisis en la que creemos conveniente leer a Abeijón, centrándonos en la veta de la escritura que da cuenta de la marginalidad y del conflicto.

Para dar una lectura histórica a la narrativa de Abeijón, retomamos los aportes conceptuales de Bascope Julio (2008), quien se refiere a los mecanismos de desarticulación de las prácticas que amenazaban al modelo de acumulación hegemónico en el sur de la Patagonia y en Tierra del Fuego. Si bien los estudios del autor se concentran en el extremo sur del continente y abordan las formas de explotación capitalistas más acabadas (Socie-

dad Explotadora de Tierra del Fuego), permiten realizar una analogía con las de la línea sur de Chubut (espacio transitado por Abeijón). El control eminentemente económico de ese modelo de acumulación operó en un marco de “vacío político” o por lo menos con una débil presencia del Estado frente al poder estanciero, por lo que el capital privado buscó garantizar por sí mismo el control del espacio de circulación de productos, de animales y de personas.

En esa búsqueda programática por controlar el espacio, Bascopé identifica zonas de tensión donde los cuerpos no pueden terminar de disciplinarse. Es más, la naturaleza misma de las explotaciones rurales, que necesitan fuerza de trabajo estacional, mantiene grupos “nómades” que circulan y supuestamente “parasitan” mediante la caza ilegal, el vagabundeo, el juego y la prostitución, entre otras prácticas. Dice este antropólogo magallánico que existen “Dos puntos en los que el tráfico subalterno parece confluir; dos posiciones que, en la topología estanciera marcan una línea de fuga respecto a los cascos administrativos. Hablamos del “puesto” y del “boliche” (Bascopé 2008:38) Este último, una institución que estructura la sociabilidad patagónica, desafía el disciplinamiento social buscado por el capital privado y por la endeble presencia del Estado.

Entonces, el boliche en tanto espacio de socialización, funcionó como lugar de tránsito de una serie de sujetos marginales que no eran funcionales a la lógica de las primeras explotaciones capitalistas, lo que también fue señalado por Argeri y Chía para el Territorio Nacional de Río Negro: “Evidentemente, esta dinámica economía doméstica adaptada a los recursos y a las cambiantes presiones del medio entró rápidamente en conflicto con las estrategias productivas de grandes empresarios rurales, y con los comerciantes de ramos generales y acopiadores de frutos del país. En el caso de estos últimos, el conflicto se daba no sólo por la competencia de venta de alcoholes y “vicios” para los grandes comerciantes acopiadores, el boliche incorporado al ramo era siempre una forma de atracción de clientela” (Argeri y Chía 1997:25). Además, estaba el problema de las grandes estancias que necesitaban contar con mano de obra suficiente, lo que im-

plicaba un proceso de proletarización de los sujetos subalternos esquivos a los dispositivos y tecnologías de control.

2. Sujetos y prácticas económicas marginales

Abeijón menciona diferentes personajes que componían la estructura social patagónica, destacando los aspectos pintorescos de esos sujetos y planteando que se encontraban en proceso de “extinción”. La estructura de su relato identifica un momento recordado, donde el progreso y la civilización estaban reconfigurando gradualmente la frontera patagónica y al momento de su enunciación (segunda mitad del siglo XX), estos resabios se habían perdido. Además la valoración sobre ese espacio es ambivalente, por un lado denota nostalgia por el lugar de encuentro, la diversión y comunicación, pero por otra parte lo describe como el escenario propicio para la violencia y los vicios.

Los sujetos descriptos por el autor son variados: “tumbiadores”, “zorreros”, “nutrieros”, “chulenguadores”. En todos los casos se trata de estereotipos que licuan las particularidades de las identidades individuales y colectivas. El tumbiador es sin dudas el más criticado por Abeijón, su desapego por el trabajo lo lleva a caracterizarlo como un vago profesional. La denominación de tumbiador surge a partir de las figuras asociadas al andar “a los tumbos”, con una trayectoria errante y con vaivenes.

“El tumbiador es un tipo característico de la Patagonia, llamado así por su permanente costumbre de recorrer, con su caballo, su perro y sus mañas, amplias zonas de la región, parando varios días en cada casa, siempre sin trabajar [...] Abunda bastante, y es un verdadero maestro de la simulación y la vagancia caminera, no carente de gracia. Anda siempre en busca de trabajo, pero nunca lo encuentra por su gran habilidad para esquivarle” (Abeijón 1994:36).

La serie de anécdotas con las que Abeijón ilustra la astucia del tumbiador para evitar trabajar es muy extensa. Se trata de un sujeto itinerante que evita radicarse como fuerza de trabajo en una estancia en particular, lo que genera inconvenientes a partir de la necesidad de peones en la región. La figura del tumbiador nos remite inmediatamente a la del “vago y malentretenido” de la

campaña bonaerense durante el siglo XIX, como aquella persona poseedora de vicios que hay que disciplinar e incorporar como fuerza de trabajo.

El autor explicita que el principal motivo que ayudó a tolerar al tumbiador fue la necesidad de mano de obra, principalmente estacional:

“Estratagemas parecidas usa siempre. En oportunidades, pasa todo un invierno en determinada casa, sin trabajar, comiendo en la mesa de los dueños y engordando el caballo en el potrero ajeno.

Los dueños lo soportan porque la escasez de peones es mucha en la Patagonia y tienen la esperanza de que al llegar la época de los trabajos puedan contratarlo como operario, porque el tumbiador, según él, sabe hacer de todo” (Abeijón 1994:40-41).

La imposibilidad de domesticar y disciplinar a la mano de obra se evidenció como un problema por resolver en los primeros años del siglo XX. La figura del tumbiador no puede resumirse en un elemento parasitario de la economía regional, posiblemente represente una forma nómada de resistencia a la explotación económica, más allá de reflejar un modo histórico de moverse por los espacios periféricos que lo hace compatible, en última instancia, con los requerimientos estacionales de fuerza de trabajo por parte de las estancias.

Un caso similar de trabajadores ajenos a las relaciones laborales de dependencia, eran el nutriero y el chulenguiador. El primero se dedicaba a la caza de la nutria desafiando las inclemencias del tiempo y la peligrosidad de los lagos, no obstante una buena caza permitía aliviar la situación económica y en algunos casos generar un incipiente capital que posibilitara cierta movilidad social. Abeijón presenta al nutriero como el que desarrolla una búsqueda extrema por sobrevivir a partir de la naturaleza, una actividad que sedujo a muchos “reciénvenidos” a la Patagonia pero que por distintas razones no prosperó, más allá de permitirle a algún inmigrante pasar una temporada adversa.

Más llamativo era el caso del chulenguiador, quien se dedicó a la caza del guanaco. Este personaje va a entrar en conflicto y tensión permanente con los dueños de las estancias, no solo por

no avenirse a trabajar como peón sino porque dicha actividad solía realizarse clandestinamente violando la propiedad y los permisos de caza. La valoración de Abeijón en este caso es positiva, en tanto el chulenguiador es todo un baquiano con gran conocimiento de su oficio, del terreno y de las cuadrillas de guanacos, siendo laborioso y sacrificado. El autor sostiene las cualidades notables de hombre de campo del chulenguiador, pero señala que era un foco de tensión y conflicto, por su constante violación a la propiedad privada.

“Si su tropilla no se halla cerca, cualquier caballo ajeno que encuentre a mano le servirá al hombre pero no perder el tiempo. El ‘chulenguiador’, por lo general, es hábil para agarrar caballo a campo y poco delicado en lo concerniente a los certificados de propiedad” (Abeijón 1994:24).

Esto no solo ocasionaba problemas con el capital privado sino, como lo señala el autor, con los agentes estatales en la región, p.e con la policía. Los servicios de seguridad son ampliamente criticados en toda la obra por su ineficiencia, falta de preparación y recursos, abuso de autoridad y por su corrupción. Lo que se evidencia en el siguiente pasaje:

“También el ‘chulenguiador’ tiene tropiezos en su oficio, el más temido por ellos el policía ventajero que, obedeciendo a denuncias de los dueños de los campos o a sus apremios financieros motivados por sus farras o sus familias numerosas y sus sueldos bajos, se presenta de improviso en el campamento del ‘chulenguiador’.

Como primera exigencia pide que le presente el permiso para chulenguear en la zona. Si el hombre lo tiene, le pide los documentos personales, y si éstos están en regla (cosa poco común) le pide el certificado de propiedad de los caballos.

El noventa y cinco por ciento de los ‘chulenguiadores’ es atrapado en alguna de esas infracciones o en las tres, y así se encuentra, de golpe y porrazo, en dificultades de ‘orden letal ante la autoridad’, lo mismo que suele acontecerle a los nutriadores de los lagos de Sarmiento o costa del río Deseado” (Abeijón 1994:25-26).

En este punto queda clara la situación de marginalidad y subsistencia de este tipo de sujetos, presionados en forma de pinza por el capital privado y los agentes estatales. Abeijón no termina de expresar o encubre formas híbridas entre la disciplina y la insumisión social. De esta forma simplifica la tipología sin contemplar peones que tumbean, que hacen de nutrieros o chulenguean. La dualidad que subyace en sus textos entre el buen paisano y el marginal tiende a polarizar y reducir la complejidad social.

Pero no solo los chulenguiadores mantenían poco respeto por la propiedad privada, el autor menciona reiteradas veces que los límites mismos de los campos eran imprecisos y que era común la mezcla de animales sin señalar correctamente. Hasta los carreros cedían a la tentación de “carnear ajeno” en lugar de pagar módicos precios a los puesteros, por un cordero o capón.

“En el camino, donde el alimento casi exclusivo era la carne, los carreros se la proveían comprándola a los pobladores cuando pasaban cerca de sus establecimientos. Pero, algunos en determinadas oportunidades, cuando hallaban ovejas cerca del camino y no se veía ningún cuidador en las proximidades, aprovechaban la oportunidad para carnear algunos animales de contrabando, con lo cual se ahorran unos pesos, y además se jactaban de la aventura. Pero en esto es muy fácil enviciarse, y luego se roba por costumbre” (Abeijón 1976:122).

Es decir que la clandestinidad y la “violación de la propiedad privada” no eran exclusividad de los sujetos marginales, el mismo autor fue carrero y en distintos pasajes señala la valoración social positiva del oficio. Pese a que realiza esfuerzos denodados por no involucrarse directamente en sus crónicas, prefiriendo la voz del testigo, Abeijón debe haber experimentado personalmente la contradicción entre los intereses de los estancieros y los de los carreros.

Resulta sintomática la definición de este tipo de prácticas de abigeato como “vicios”, sumados al componente violento para la resolución de los conflictos. Permanentemente Abeijón señala la naturalidad con que la violencia era vivida durante los años de su niñez, cuando lo común era que todo sujeto portara armas blan-

cas o de fuego, pero siempre remarca a estos hechos como característicos de un pasado a medio civilizar. Por ejemplo, llama al capítulo donde narra el asesinato por una pelea durante la esquila: “Rezagos brutales: La pelea”.

La extensión de ciertas prácticas en el interior patagónico, como la insumisión a la propiedad privada y sus límites legales imprecisos, los vicios y la violencia, obligan a interpelar a los textos de Abeijón sobre esos espacios de marginalidad y de conflicto que son objeto del progresivo disciplinamiento social.

3. Espacios de socialización: el boliche y el corral

Los espacios de socialización de la región, fundamentalmente el boliche, han sido abordados por diferentes autores como Boschín y Vezub (2002), Troncoso y Flores Torres (2012) y Pérez (2012). Especialmente esta última se preocupó por establecer conexiones entre dichos espacios y las crónicas patagónicas como la de Abeijón, precisando la importancia de contraponer este tipo de narrativas con otros tipos de fuentes.

En el relato de Abeijón las prácticas marginales tenían lugar en ámbitos asociados con los vicios y con la violencia. El boliche era el eslabón que conectaba las huellas y rastrilladas de carros y estaba dedicado fundamentalmente a la venta de artículos comestibles y de productos de almacén en general, sumado al acopio de “frutos del país” (productos de ganadería regional). Pero además de dicha actividad comercial, hacían las veces de fonda, favoreciendo el juego, el alcohol, la prostitución y otras prácticas contrarias a la buena moral. Dice Abeijón sobre este tema y acerca de los “vicios” de los esquiladores:

“Cada vez que se pasa por algún pueblo, o simplemente por algún boliche del camino en el viaje de una estancia a otra, se apegan a los mostradores y son necesarias varias horas para despegarlos de las copas [...] si es que el contratista no quiere quedarse con uno o dos operarios menos. Es una confirmación de que ‘el criollo, cuando tiene un peso en el bolsillo no está tranquilo hasta que se lo gasta’. Su afición al juego por dinero es su principal desgracia” (Abeijón 1975:90).

En este punto la contradicción entre el boliche y el capital privado es directa, no por la competencia comercial sino porque atenta contra el disciplinamiento de la mano de obra. Pero existen además determinados sujetos que van a cargar con el mote de timadores, fundamentalmente en el juego, como el “busca”: “En las comparsas de esquilas suelen mezclarse los buscas, o jugadores ventajeros, que se escudan en la profesión de esquiladores, pero su misión principal es armar juego para ganarle dinero a los incautos mediante tramoyas” (Abeijón 1975:90).

Si bien Abeijón no profundiza demasiado en la figura del “busca” es interesante que lo caracterice como un delincuente disfrazado de trabajador, similar al tumbiador en cuanto a su desapego de las actividades laborales. Pero el “busca” es doblemente peligroso, porque no solo evita trabajar, sino que “contamina” e influye negativamente en sus compañeros, arrastrándolos al juego y al vicio.

Nótese que las causas argumentadas como desencadenantes de los conflictos laborales se relacionan con elementos externos que influyen negativamente sobre los buenos trabajadores a pesar de que podrían ser explicados por la lógica misma de las explotaciones económicas, que como dijimos, favorecían el trabajo estacional y presentaban la única alternativa de subsistencia la marginalidad y la ilegalidad. De este modo la opción política de Abeijón siempre es por el control social. Lo que invita a revisar el supuesto rol contra-hegemónico de estas narrativas que sostienen Casini (2007) y Peñaloza (2010).

La otra figura estigmatizada por favorecer los vicios es el “turco”. Comerciantes de origen sirio-libanés, con prácticas supuestamente inmorales. En un pasaje sobre el cruce del Río Senguier en carros, Abeijón cuenta la anécdota de un entrerriano que llegado a la Patagonia se dedicó a la caza del zorro, del guanaco y del puma, y que con las ventas de pieles hizo un capital suficiente como para asentarse en calidad de estanciero en el Río Mayo con quinientas ovejas, pero:

“Era timbero de corazón [...] Esa tranquila noche sin ronda, la tentación fue demasiado fuerte y decidió probar suerte [...] Así fue como se trabó en una partida de monte criollo, con un portu-

gués, un andaluz y un argentino que, 'de casualidad' estaban en el boliche. Resultado: que después de pasarse toda la noche en la mesa de juego al amanecer del nuevo día tuvo que venderle las ovejas al bolichero, perdiendo la plata, para pagar las deudas del juego. [...] Horas más tarde siguió arreando las ovejas, pero ahora lo hacía como peón del bolichero que, según lo supo después, había entrado en combinación con los otros jugadores, que eran buscas, para ganarle la majadita. Se tragó la rabia. [...] y en cuanto dejó las ovejas en el campo del turco se fue a Sarmiento y sentó plaza de milico para reventarlos en cuanta ocasión se presentara" (Abeijón 1994:137).

No solo los buscas eran vistos como timadores sino también los "turcos", apelativo con una carga valorativa negativa, que hacía referencia a este colectivo inmigratorio como ladinos y embaucadores, con un fuerte cariz moralista. La resistencia por parte de la elite gobernante argentina hacia estos inmigrantes respondía a su identificación como elementos exóticos que debían ser evitados. Un ejemplo contundente es el de Juan Alsina, director de inmigraciones hacia 1910, quien sostenía

"Hemos recibido 11.765 sirios, y han salidos 1.628, dando un saldo de 10.137. Han venido 1.154 familias con 3.638 personas. La mayoría de estos inmigrantes declararon ser comerciantes y dependientes (5.750), 1.906 jornaleros y 1.477 agricultores, lo que es dudoso, son católicos 6.428 y 5.111 mahometanos [...] Se han exparcido en todo el territorio al amparo de su sistema de venta de baratijas, telas y quincalla, haciendo algunos de ellos notable evolución, hasta poder establecerse con capital y casa propia para comerciar" (Alsina 1910:91).

De este modo, Alsina ponía el acento en las diferencias y en las inconveniencias de los inmigrantes de origen árabe. Bjerg ha reforzado la especificidad de la percepción negativa sobre la inmigración sirio-libanesa: "En los años veinte, a pesar de los temores de la llegada de refugiados y de elementos exóticos, (aclara en nota: judíos rusos, centroeuropeos y sirio-libaneses) la inmigración, aunque con ingresos mucho más modestos que en el siglo anterior no se detuvo, retomó su curso. Sin embargo, durante esos años terminaría de configurarse una imagen gestada

en la aprehensión de la elite local hacia los extranjeros que veía a los inmigrantes ya no como clases laboriosas sino como clases peligrosas que ponían en riesgo la integridad social y la identidad nacional” (Bjerg 2009:107). En el último comentario se ratifica la distancia cultural como un factor que afectaba la integración y alimentaba las sospechas sobre los desafíos a la hegemonía de las pautas culturales propias del arquetipo del “ser nacional”.

Vale aclarar que el boliche también es considerado en algunos pasajes de Abeijón como lugar de solidaridades y paliativo a las necesidades del interior, aún cuando los clientes no contaran con el dinero necesario, esto se refleja fundamentalmente en el capítulo “El boliche de la güeya”. En este punto el boliche terminaría reflejando el espíritu solidario y amistoso del patagónico, servicial y hospitalario ante el necesitado.

Pero además del boliche existía otro espacio de socialización a combatir por parte de los agentes estatales, los corrales, lugares de trabajo de los ganaderos. “El corral es, pues, el centro de reunión de todos los hacendados linderos, y el lugar donde convergen las noticias y los comentarios de todos los acontecimientos del vecindario distante. Es el templo y el taller del hacendado, pero también es su conventillo y distribuidor de discordias y chismes [...] En el corral se negocian haciendas y campos, se forman o disuelven sociedades, teniendo como contabilidad y contrato escrito las marcas” (Abeijón 1975:114).

Como en el caso ya mencionado de los carreros, los hacendados en el corral sintetizaban las contradicciones de estos espacios: por una parte funcionales en tanto ámbito productivo y mercantil, pero también una fuente de posibles conflictos y, por lo tanto, posibles de ser combatidos.

Abeijón cita reiteradamente la resolución de problemas por medios violentos entre campos vecinos, sin alambrar y con los animales mezclados. Además, el corral era el único espacio de ocio por fuera del boliche, fundamentalmente en época de la señalada, cuando confluían las diferentes familias de la región: “Finalizado el trabajo de la *señalada* comienza la única fiesta del año que la gente de campo tiene en la Patagonia: después de los asados vienen las carreras cuadreras, la tabeada, etc. Y aparece tam-

bién la música, de acordeón, guitarra, o el modernísimo fonógrafo [...] Nunca era abundante la concurrencia femenina (y ello era el drama de la Patagonia vieja) [...] y es la única noche en que en la campaña (fuera de los *boliches*), habrá una fiesta que ha de durar hasta las cuatro de la mañana” (Abeijón 1975:121).

Aunque los ranchos de particulares o algún galpón se mencionan como lugares aptos para el juego clandestino y otros “vicios”, fue en el boliche y en el corral donde estas prácticas tenían epicentro y eran los sitios a partir de los cuales estas manifestaciones populares resistieron las presiones que buscaban desarticularlas.

4. Los aportes de Abeijón para comprender a los sectores subalternos

Basándonos en distintos momentos de la narrativa de Asencio Abeijón intentamos reconstruir sus perspectivas respecto de los sujetos y espacios marginales del interior patagónico, en momentos en que ambos se encontraban bajo un proceso de desarticulación, a partir de la contradicción que generaban para quienes procuraban el disciplinamiento social de los espacios de frontera. Durante las primeras décadas del siglo XX, el avance represivo contra estos espacios y prácticas domésticas provino fundamentalmente del capital privado, que promovía el proceso de disciplinamiento y proletarización, y del Estado que a través de sus agentes territoriales (y pese a la precariedad de su presencia) buscó controlar y reprimir todas las prácticas sospechosas de violar la propiedad o la nueva moral pública.

Abeijón es un ejemplo eminente de memorialismo en la región y, por lo tanto, uno de los narradores que contribuyó a construir estereotipos sobre los espacios de socialización y los sujetos marginales. Su relato traza una serie de marcas y señales para referenciar “desde adentro” las prácticas cotidianas en las que se filtran los conflictos y las contradicciones que borran los límites que intentan imponer las tipologías sobre la marginalidad.

En suma, las memorias de Abeijón pueden leerse a la luz de problemáticas más profundas que lo anecdótico y lo pintoresco,

más allá de sus matices literarios, se trata de rescatar la obra como fuente histórica. Sin desconocer su importancia, pretendimos mostrar su matriz discursiva, centrada en la exaltación del progreso y en la censura de la violencia que entendía directamente como resabio del atraso. Porque si bien existen en su narrativa importantes pasajes dedicados a las relaciones armónicas y solidarias en la región, la marginalidad y el conflicto ocupan un lugar igualmente importante y nos pueden permitir una mejor comprensión de las prácticas subalternas en la Patagonia de la primera mitad del siglo XX.

Bibliografía

- Abeijón, Asencio. 1973. *Memorias de un carrero patagónico*. Editorial Galerna. Buenos Aires.
- 1975. *Recuerdos de mi primer arreo. Memorias de un Carrero Patagónico*. Editorial Galerna. Buenos Aires.
- 1976. *El guanaco Vencido. Memorias de un Carrero Patagónico*. Editorial Galerna. Buenos Aires.
- 1994. *Memorias de un Carrero Patagónico*. Editorial Universitaria de la Patagonia. Buenos Aires.
- Aliaga, Cristian. 1996. *El pasto azul*. Último Reino. Buenos Aires.
- 2002. *Música desconocida para viajes*. Del Dragón. Buenos Aires.
- Alsina, Juan. 1910. *La inmigración en el primer siglo de la independencia*. F. S. Alsina. Buenos Aires.
- Argeri, María y Silvia Chía. 1997. Bajo la lupa del poder. La vida cotidiana de los grupos domésticos en los “hogares-boliche” del territorio nacional de Río Negro, norpatagonia 1880-1930. *Boletín americanista* 47:15-34.
- Bascopé Julio, Joaquín. 2008. Pasajeros del poder propietario. La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y la biopolítica estanciera. *Magallania* 36(2):19-44.
- Bjerg, María. 2009. *Historias de la inmigración en la Argentina*. Editorial Edhasa. Buenos Aires.
- Boschín, María T. y Julio Vezub. 2002. Punta de boliches. Inmigración libanesa, poblamiento y redes comerciales en la Patagonia. En M. T. Boschín y R. Casamiquela (eds.). *Pata-*

- gonia 13.000 años de Historia*. pp. 285-305. Emecé Editores. Buenos Aires.
- Casini, Silvia. 2007. Ficciones de la Patagonia. La construcción del sur en la literatura argentina y chilena. Secretaría de Cultura del Chubut. Rawson.
- Gélvez, María Isabel y Sonia Jones. 2007. Una manera de construir la identidad del intelectual. Osvaldo Bayer en dos prólogos a un texto de Asencio Abeijón. IV Encuentro ILL-PAT: 29-34. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNPSJB. Trelew.
- Madsen, Andreas. 1977. *La Patagonia vieja*. Editorial Galerna. Buenos Aires.
- Meisen, Juan. 1984. *El Madryn Olvidado*. Edición del Autor. Puerto Madryn.
- Peñaloza, Fernanda. 2010. Abeijón, cuando el viajero se convirtió en carrero. *Confines. El extremo sur* 29: 2-3.
- Pérez, Liliana. 2012. Telsen. Una historia social de la meseta Norte del Chubut. Patagonia 1890-1940. Secretaría de Cultura del Chubut. Rawson.
- Ripa, Julián. 1987. *Inmigrantes en la Patagonia*. Marymar. Buenos Aires.
- Salguero, Pablo. 2011. Los peones rurales en la literatura patagónica. Representaciones de una ausencia. *IV Jornadas de Historia Social de la Patagonia*. Universidad Nacional de La Pampa. Santa Rosa.
- Terán, Oscar. 2008. Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica". Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Troncoso, Ana María y Mariela Flores Torres. 2012. Las relaciones sociales en la Meseta Norte de Chubut (1930-1970). Un abordaje desde la perspectiva poscolonial. *Tabula Rasa* 17:131-149.
- Vezub, Julio E. y Ariel Williams. 2007. Historiar las prácticas intelectuales en Patagonia. Configuraciones, genealogías y narrativas regionales hacia 1950. Proyecto de Investigación 647/07, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Se-

cretaría de Ciencia y Técnica, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Ms.

Williams, Ariel. 2008. Las prácticas intelectuales en la Patagonia: memoria e impronta. *II Jornadas Nacionales de Investigación en Ciencias Sociales*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNPSJB. Trelew.

Recibido: 22 de marzo de 2013.

Aceptado: 28 de junio de 2013.